

# Diario de San Sebastian

DEFENSOR DE LOS INTERESES MORALES Y MATERIALES DE GUIPUZCOA.

Año XIV.	<p>SUSCRICION.</p> <p>Capital, trimestre 3 ptas. Peninsula, id. 8'50 Extranjero, id. 7'50 Número suelto, 5 céntimos. » atrasado 10 »</p>	<p>No se publica los dias festivos.</p> <p>Jueves 29 de Diciembre de 1887.</p>	<p>ANUNCIOS Y COMUNICADOS.</p> <p>Precios corrientes y en relacion con el lugar que ocupen. La correspondencia al director, Peñafloreda, 6, bajo. No se devuelven los originales.</p>	<p>NUM. 7.002.</p>
----------	--	--	---	--------------------

## EL SACERDOTE.

(Traducción de OLIVIER DES ARMOISES.)

«... En el centro del campo de batalla;  
Junto al soldado en el violento choque;  
Cuando la muerte en la espantada vida  
Persigue sin piedad en sus rencores,  
Y moribundos mil llenan sangrienta  
La tierra por doquier; cuando los héroes  
En tan terrible instante son verdugos  
O víctimas; en cuadro tal de horrores,  
Junto al muerto insepulto y desdeñado,  
Cuyo abandono hace temblar al orbe,  
Al lado de olvidado moribundo  
Sólo se ve caritativo a un hombre...  
Un hombre que al combate marcha inermes  
Con supremo valor: el Sacerdote.

Quando la peste diezma a los humanos  
Que aterrados contemplan sus horrores,  
Y no hay hermanos ya, deudos ni amigos,  
Y el hombre con terror huye del hombre;  
Quando la voz del prójimo se olvida;  
Quando hay madres acaso que abandonen  
Al hijo de su amor ante el peligro,  
Un hombre le acompaña: el Sacerdote.

Y cuando el mundo de su seno lanza  
Algún gran criminal, sin que perdone  
Juez inflexible el crimen, y al verdugo  
Le entrega al fin; si rígidos entonces  
Amigos y parientes le abandonan  
Y afrentoso cadalso le recoge,  
Un amigo le queda, a quien acaso  
Insultó anteriormente: El Sacerdote.»

OSSORIO Y BERNARD.

## La Iglesia y la Democracia.

Hé aquí dos fuerzas sociales que al encontrarse, por una ley de la lógica implacable, se destruyen, y no tienen otra resultante que el caos. La democracia, (y hablamos de la democracia práctica moderna), es hija de la rebelión, de la soberbia individual que rechaza todo yugo, y niega todo derecho que no salga de ella. Por el contrario, la Iglesia es hija de la autoridad, y fundada sobre este principio, vive y prospera para bien de los hombres. Decir democracia hoy, es decir ignorancia que legisla, barbarie que gobierna y libertad que oprime. La democracia consagra el derecho de insurrección, *dericho* criminal y ciego, porque guillotina a Luis XVI y diviniza a Napoleón.

Esta no es la democracia griega, cuya libertad moral lleva a los héroes al desfiladero de las Termópi-

las, y a las playas de Marathón: es la injusticia de un pueblo ingrato que envenena a Sócrates, y destierra a Aristides, y, sin embargo, este *nihilismo inconsecuente* se quiere abrazar a la Iglesia para no caer al abismo. Como el energúmeno, la democracia tiene miedo a sus excesos de barbarie, y pide el bautismo, el agua benéfica para lavar en ella sus manchas de sangre. Nosotros nos reimos de los que pretenden redimir a ese réprobo.

¿Cómo redimirle? La Iglesia tendría que borrar su pasado para dar un ósculo de paz a la revolución; tendría que transigir, acomodarse al orgullo humano, y semejante transacción valdría tanto, como decir que la palabra *mentira* estaba escrita en las gradas del trono pontificio.

La democracia es exigente; soñó que en el principio del cristianismo, la soberanía popular consagraba obispos y hacía sacerdotes, y jamás sucedió esto. La gerarquía católica nació del *Tu est Petrus*; y por la virtud de tan hermosas palabras el sacerdocio cristiano se perpetúa en el tiempo, siendo siempre el mismo. En la Iglesia democrática lo primero que desaparecería sería el sacerdocio, y luego la doctrina dogmática. Demostrarlo es fácil.

La democracia moderna trae consigo dos principios disolventes: la indiferencia religiosa y la libertad de conciencia. ¿Cómo vá a admitirlos la Iglesia? Ella, que dice a todo el mundo, por boca de Jesucristo. *Qui non crediderit condemnabitur*, ¿ha de falsificar el Evangelio por dar gusto a una revolución loca? La Iglesia renegaría de su origen divino, para marchar al compás de las locuras humanas; y los que quieren reconciliar a la Iglesia con el progreso moderno pretenden reformar la obra de Dios. Para nosotros, la democracia cristiana, *soi dissant*, es una contradicción manifiesta, y sus corifeos son ignorantes ó malvados. Las libertades democráticas anulan la verdad religiosa, porque a su lado colocan el error. Un emperador romano levantó un templo a Jesucristo, y otro quiso llevar la cruz al Capitolio. Esta era la benevolencia pagana que confundía al verdadero Dios con los treinta mil dioses contados por Varrón. El cristianismo protestó, el cristianismo quiso reinar sólo, arrojando de los hogares de Roma a los penates de la superstición, y por eso se llenaron de reliquias las catacumbas y la Cárcel Maertina de ilustres confesores.

Lo que se espera de la Iglesia, es una traición sin nombre; no ha prodigado la sangre de sus hijos defendiendo su divinidad para darse ahora un abrazo con la democracia mansa. Los mártires serían unos fanáticos, y los herejes apóstoles de Dios; el mito evolucionaría hasta transformarse en verdad, y la verdad, la verdad inmutable desaparecería para siempre.

No negamos nosotros que el cristianismo suavice las asperezas democráticas; tanto puede la religión, que hasta en un mundo de ateos derramaria el espíritu divino. Si un ateo enseña un deber, lo enseña como adquisición de su inteligencia; se la ha arrancado a las religiones, se lo ha robado, como se roba la propiedad de un libro. Tampoco negamos que la verdadera democracia, la democracia moral, pueda recibir el soplo celeste, como lo recibió el primer hombre. Lo que negamos es la posibilidad de que la democracia que hoy se enseña, se eche en brazos del cristianismo sin ahogarle y sin prostituirle.

La Iglesia fué instituida para salvar al mundo, nó para hacer la apoteosis de los vicios sociales. Es maestra de las gentes, y jamás recibirá lecciones de sus educandos, es luz del mundo, y no se apagará aunque lo pidan las inteligencias ciegas. Puede pasar la democracia moderna como pasaron Licurgo y Solón, deando las libertades en las garras de las águilas romanas, como pasó el pueblo rey para ceder su puesto al *Incitatus* de Celigula; pueden pasar todas las tiranías sembrando vicios y codas las tiranías sudando sangre... Pero la verdad eterna no pasará, ni se mudará según el capricho de los hombres.

La democracia no se redime absorbiendo la Iglesia, se redime entrando en la Iglesia; más tiene que dejar fuera su racionalismo anticristiano.

A. E.

## LA CRUZ DEL CAMINO.

De este valle ignorado peregrino  
Del sol lejano a la espirante luz,  
Descansando a tu sombra en el camino  
Héme a tus plantas, cruz!

Eterna aquí, clavada en el sendero,  
Tus piedras con mis labios al tocar,  
No soy para adorarte forastero,  
Soy del mismo lugar!

Si mi hogar a tu lado no blanquea,  
Me finjo entre otros el que yo perdi;  
Yo vengo, cual las hijas de la aldea,  
A rezar junto a tí!

Ellas, dormidas a las pompas vanas,  
La suya doblan al besar tu frente,  
Cuando llevan, unidas como hermanas,  
El cántaro a la fuente!

Ellas pasan del valle a la colina:  
Y de la luna a la medrosa luz,  
Descansan de su carga cristalina  
Al llegar a la cruz!

Tú aplacas en los campos las tormentas;  
Te adoran desde lejos los pastores;  
Cubierto está el peñasco en que te asientas  
De lágrimas y flores!

¿Te busca la oración y la tristeza!  
Y desde las veredas más distantes,  
Sólo ante tí descubren su cabeza  
¡Todos los caminantes!

¡Símbolo inmarcesible del Calvario,  
A tu sombra descansa el peregrino!  
Y convirtiendo el valle en santuario,  
¡Cuán solemne es el rezo solitario  
Ante la cruz medrosa del camino!!

G.

## DIÁLOGOS DE VECINDAD.

—No se canse V., tío Pedro, estoy convencido de que todo eso que se dice del infierno son paparruchas.

—Quien no ha de cansarse es V., tío Blás, porque estoy convencido de que todo lo que ha hablado V. desde que nació hasta ahora son barbaridades.

—V. me ofende, tío Pedro.

—Y ¿qué tenemos con eso, tío Blás?

—Que tendré que darle a V. de bofetones, porque todo el que ofende a otro merece ser castigado.

—Está V. en un error.

—¿Cómo en un error? ¿con que yo no he de tener derecho a castigar al que me ofende?

—No señor; no tiene V. tal derecho, según V. mismo acaba de decir.

—Hombre, quisiera saber cuándo he dicho yo semejante cosa.

—Cuando me ha querido asegurar que lo del infierno es pura invención.

—Y ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Mucho tiene que ver, pues si